"tienen por esclavos, y les labramos sus sementeras "y maizales, y nos hacen ir á pescar y hacer otros " oficios, y nos toman nuestras hijas y mujeres: veni-" mos á daros aviso, porque nosotros os traeremos " esta noche muchas canoas en que paseis este rio, "y sin ellas no podreis pasar sino con gran trabajo, " y también os mostraremos un vado, aunque no va " muy bajo; y lo que, señor Capitán, os pedimos de "merced es, que pues os hacemos esta buena obra, " que cuando hayais vencido y desbaratado estos " chiapanecos, que nos deis licencia para que salga-" mos de su poder é irnos á nuestras tierras; y para " que mejor creais lo que os decimos, que es verdad, " en las canoas que ahora pasamos dejamos escondi-"dos en el rio, con otres, nuestros compañeros y her-" manos, y os traemos presentadas tres joyas de oro, " (y eran unas como diademas) y también traemos "gallinas y ciruelas." Luego pidieron permiso para ir por el presente, advirtiendo que no se hiciese ruido, á efecto de que los soctones que guardahan los . pasos del rio no los sintiesen.

Luego que el Capitán Luis Marín entendió lo que los mensajeros le decían, cayó en tierra postrado de hinojos, y con los ojos y manos levantados al cielo, dió gracias á Dios por el auxilio inesperado que le mandaba; y ofreció á sus aliados que se les concedería todo cuanto solicitaban, y además, que les daría una parte del botín de guerra. Los mensajeros informaron también, que en las dos batallas últimas las bajas de los soctones ascendían á ciento veinte, entre muertos y heridos; que tenían un considerable número de guerreros en la banda opuesta del rio, porque estaban seguros de que destruirían al ejército español cuando tratase de pasarlo; por último, los soctones nos obligaron á pelear contra vosotros, le decían al Capitán; pero no temais, porque nosotros os ayudaremos. Dos de los mensajeros se quedaron en el real de los españoles, los restantes se volvieron á sus pueblos para dar órdenes y hacer que viniesen al amanecer las veinte canoas que habían ofrecido al Sr. Marín; en lo que cumplieron exactamente su palabra.

El ejército español se pasó lo restante de la noche en tomar nuevas precauciones doblando el número de sus rondas y guardias, porque llegaba hasta sus reales el rumor de los guerreros enemigos que se reunían en la ribera opuesta del rio, lo mismo que el tañer de las trompetillas, atamobres y cornetas. Al amanecer se vieron venir las veinte canoas que sin ninguna reserva se dirigian al campo español; al llegar los que la manejaban suplicaron al Sr. Marín que apresurase su marcha porque en la noche habían tenido guerra con los soctones, que estos habían prendido por sospechas á muchos de sus compañeros para sacrificarlos, que los que no se habían dejado prender se habían hecho fuertes en un gran cués ó adoratorios; y para evitar que diesen muerte á los prisioneros, pedían á los españoles se pusieran en camino lo más pronto posible

Los españoles abandonaron el pueblo en que habían pernoctado y se dirigieron al vado en unión de sus aliados, el cual era muy hondo, pues el agua les llegaba hasta los pechos. Puestos de modo que pudiesen favorecerse mútuamente; y á efecto de que la rápida corriente del caudaloso rio no se los llevase, fueron pasando poco á poco sin ningún incidente notable hasta más de medio rio. Luego que el enemigo les vió acercarse á la banda opuesta, vino un considerable número de guerreros á obstruirles el paso, y ya que estaban á distancia de poder ser aleanzados, les dieron una rociada de vara con tiraderas, flecha y honda; y otros con grandes lanzas hieren á casi todos los tercios españoles, dándoles á varios de ellos hasta dos ó tres heridas. En éste conflicto en que los expedicionarios tenían que luchar con dos enemigos á un tiempo, esto es, con la corriente del rio y los soctones, parecía que la fortuna les abandonaba, porque el agua se iba tiñendo con la sangre de

los heridos, y ya les habían matado dos caballos, y un jinete que se apellidaba Guerra, al separarse algún tanto del vado, se lo llevó la corriente; y después de haber sido detenidos dentro del rio por largo tiempo, sin poder maniobrar, y expuestos á las mortíferas armas del atrevido y valiente enemigo; cuando menos esperaban, aparecieron los indios amigos que se habían fortificado en el gran cués, atacando con valor y encarnizamiento la retaguardia de los soctones, matando é hiriendo á varios de ellos. Con este auxilio se facilitó á los de á caballo la salida del agua, en seguida salieron los de infantería y puestos todos en orden y en unión de los aliados, acometieron con furia al enemigo poniéndolo inmediatamente en fuga. A continuación ordenó el Sr. Marín su fuerza y marchó para sobre la ciudad con tambor batiente y banderas desplegadas, acompañado de los guerreros

y habitantes de los pueblos amigos. La ciudad de Soctón, como dejamos dicho, estaba situada en la margen izquierda del rio Grijalva, muy inmediata á la abra en que el rio corta el cerro; en la época en que los españoles entraron á ella, tendría cerca de cinco mil habitantes, sin contar en este número con los habitantes de los pueblos que tenía á su alrededor: estaba bien poblada, tenía varios adoratorios, y por estar las casas muy cercanas unas de otras, el ejército español sentó reales fuera de la población para evitar que se le hiciese algún daño en caso de que sus moradores la incendiaran; tenía tres cárceles de madera ó especie de jaulas, las cuales estaban llenas de los prisioneros que hacian en los caminos, atados con collares al cuello, los que se pusieron inmediatamente en libertad; y como estos eran soconusenses, tehuantepecanos, querenes y de otros pueblos, se fué cada cual á su respectiva tierra; los adoratorios que había fueron visitados. Aquí volveremos á copiar al autor. "También hallamos en los " cués muy malas figuras de ídolos que adoraban, é "todos los quebró Fray Juán, é muchos indios, é

" muchos sacrificados, y hallamos muchas cosas ma-" las de sodomías que usaban....

Persuadido el Capitán Marín que de los moradores de la ciudad no había nada que temer, envió á tres indios amigos y seis capitanes que habían caido prisioneros en las batallas anteriores, á que llamasen á los caciques y guerreros que viniesen á prestar obediencia á la magestad española, y que de no hacerlo así, se les iría á buscar en sus guaridas haciéndoles más cruda guerra que la que se les había hecho. Poco tiempo después de haber salido, volvieron los emisarios en unión de los rebeldes trayendo un presente de oro: prestaron obediencia al rey de España, se disculparon por haber salido de guerra y de las demás faltas cometidas, y suplicaron al Sr. Marín que mandase á sus aliados que no hiciesen da

no en sus poblaciones, y así lo ejecutó.

A continuación el Capitán Marin mandó llamar á los habitantes de los demás pueblos de la Provincia de Chiapas á que viniesen de paz á prestar obediencia al gobierno español. Los primeros que llegaron fueron los vecinos del pueblo de Sinacantán, los que por sus maneras y modo de expresarse, parecieron á los españoles hombres muy racionales; después llegaron los de Copanavastla, Pinola, Huitztán, Chamula y otros pueblos de querenes y soques; y todos se sometieron voluntariamente al régimen del referido gobierno español, demostrando mucho contento por haber sido vencida la nación Soctón, la cual odiaban por su carácter guerrero, turbulento é inquieto, que tenía á sus vecinos en alarma y perpétuo movimiento; los vecinos de los pueblos de Jaltepeque é Ishtaltán que auxiliaron á los españoles en la pasada del rio, se les dejó en libertad en virtud de lo estipulado con el Sr. Marín. Los vecinos del primero se fueron á poblar con sus mujeres, hijos y haciendas, rio abajo, diez leguas distante de la ciudad de Soctón; los del segundo que eran de Tehuantepeque, se fueron también con todo lo que les pertenecía para su tierra.

En inter que el Capitán Marín concluía sus trabajos en la capital de la nación Soctón, un soldado español y ocho mexicanos se fueron sin permiso á demandar oro al pueblo de Chamula en nombre del jefe; los vecinos les obsequiaron con algunas pajas de dicho metal. No satisfecha su ambición con aquella miseria, pidieron más oro, y porque no se les daba prendieron al cacique; esta demacía indispuso el animo de los vecinos del pueblo, los cuales trataron de concluir con aquellos extranjeros atrevidos que atropellaban á la autoridad sin ningún miramiento. Luego que el Sr. Marín tuvo noticia de lo ocurrido, mandó prender al soldado español y lo envió por la posta á México para que lo castigara Cortés; mandó mensajeros al pueblo de Chamula para darles satisfacción y para que de nuevo se presentasen de paz; pero la contestación no fué nada satisfactoria. En vista del estado que las cosas guardaban, se acordó ir sobre ellos lo más pronto posible, para evitar que la sublevación cundiese á otros pueblos, pues ya habían alzado también al de Huitztán.

Para combatir á los nuevamente sublevados arregló el Sr. Marín sus tropas y pidió 200 hombres á los caciques de Sinacantán y 200 guerreros á los de Soctón; ambos pueblos se prestaron gustosos al llamamiento que les hacía el jefe español; con este auxilio marcharon los expedicionarios para sobre el pueblo de Chamula cinco días después de haber ganado la ciudad Soctón, y llegaron al de Sinacantán la víspera de pascua de resurrección.

El pueblo de Chamula estaba situado en lugar diferente del que actualmente ocupa, pues Bernal Díaz asegura que distaba tres leguas de Sinacantán, y que el que actualmente existe no dista ni una legua del mencionado pueblo.

El Capitán Marín al llegar al pueblo de Sinacantán volvió á llamar á los chamulas á que se le pre-

sentasen de paz; pero esta segunda invitación fué deshechada de la misma manera que la anterior, por lo que se decidió someterlos por la fuerza. El pueblo de Chamnla estaba rodeado de una fortaleza en la extensión de una legua; por la parte en que los indígenas creyeron ser atacados tenía la fortaleza su correspondiente foso, y aunque tenía una salida, era por el lado de una pendiente inaccesible; las almenas estaban coronadas de combatientes armados de honda, flecha y tiraderas para la vara tostada, y cubrían sus cuerpos con rodelas á manera de pavecinas; las entradas á la fortaleza y otros puntos estaban defendidos por más de dos mil lanceros, cuyas lanzas tenian más de dos varas de cuchilla de pedernal; al aproximarse el éjército español lo recibieron los indígenas con grande estruendo de atambores, caracoles, gritos, silbos y alaridos capaces de atemorizar á hombres menos acostumbrados á esta especie de guerras, y le hicieron nna descarga de flecha, vara y piedra, que cubrió el suelo, hiriendo á cinco soldados y dos caballos.

El primer día se le pasó el ejército español en algunas escaramuzas y en observar la fortaleza, y persuadidos de que no era fácil penetrar en el interior sin grave riesgo, se mandó echar á pié á los de á caballo y se acordó construir mamparas ó mantas de madera para que los zapadores defendidos por estas pudieran con sus instrumentos de zopa abrir portillos á la fortaleza. Construidas las mamparas se formalizó el sitio, en el que los sitiados se defendían arrojando sobre los asaltantes una nube de piedras, flecha y vara, agua caliente mezclada con sangre, pez y recina ardiendo, rescoldo y lumbre, y unas piedras tan grandes que rompían las mamparas defensivas de los españoles y los hacían retroceder; pero inmediatamente volvían con más ánimo á la tarea de deshacer la fortaleza, hasta que lograron abrirle varios portillos, Aquí me parece conveniente volver á copiar al autor, "y cuando vieron que les haciamos mayores

"portillos, se ponen cuatro papas, y otras personas principales sobre una de sus almenas, y vienen cubiertos con sus pavecinas y otros talabardones de madera, é dicen: pues que deseais é quereis oro, entrad dentro que aqui tenemos mucho, y nos echaron desde las almenas siete diademas de oro fino, y muchas cuentas, vaciaderas, é otras joyas como caracoles y anades, todo de oro, y tras de ello mucha flecha, y vara y piedra."

Las hostilidades continuaron, y cuando los sitiadores habían ya logrado abrir á la fortaleza varias brechas, sobrevino una copiosa lluvia y mucha niebla. Observando Bernal Díaz, que en el interior de la fortaleza se movia muy poca gente, se arrojó á ella por uno de los portillos en unión de un compañero, é inmediatamente les salieron al encuentro unas guerrillas de lanceros, que ascenderían á 200 hombres, de los que recibieron muchos botes; en defensa de aquellos entraron los indios de Sinacantán y á continuación todo el ejército español, y á excepción de los lanceros que se pusieron en fuga, toda la fortaleza estaba ya desocupada. Los españoles salieron en persecución de los fugitivos logrando prender á muchas mugeres y niños, y á treinta hombres, y con sus prisioneros se volvieron al pueblo de Sinacantán (1).

Con posterioridad se acordó sentar reales en el valle en que está situada hoy la capital del Estado, y desde allí se mandaron á seis prisioneros que fuesen á llamar á los vecinos del pueblo de Chamula á que viniesen á presentarse de paz; al día siguiente volvieron con todos los habitantes del referido pueblo, prestaron obediencia al rey de españa; se pusieron en libertad á todos los prisioneros, se encomendó el pueblo á Bernal Díaz, por haber sido el

Como el pueblo de Huitztán continuaba insubordinado, se dirigieron los expedicionarios á él para someterle, valiéndose de los indios amigos que traian consigo para abrir el camino que estaba todo tapado con árboles derribados. Los huitztecos, armados de la misma manera que los chamulas, esperaron á los españoles en una fortaleza. Después de reconocer la fortaleza se puso el Capitán Luis Marín á la cabeza de sus fuerzas para conducirlas al asalto; pero apenas vieron los alzados el movimiento de ascensión, se acobardaron, desocuparon el punto y se refugiaron en los montes. El ejército invasor halló deshabitado el pueblo y sin ninguna clase de víveres. Los indígenas de Sinacantán prendieron á dos individuos, los cuales sirvieron de emisarios al Capitán para llamar á los vecinos del pueblo que viniesen pacíficamente á presentársele; al día siguiente vinieron todos á prestar obediencia, trajeron un presente de oro de poco valor y plumas de quetzal. Vuelto al orden el pueblo de Huitztán, regresaron los expedicionarios al valle de jovel en que tenían asentado su real.

El Capitáu general de Nueva-España ordenó á los españoles que poblasen una villa en la Provincia de Chiapas, y al efecto le pareció aparente el valle en que después se fundó Ciudad-Real; pero en vista de que la Provincia estaba bien poblada, que todos los pueblos estaban generalmente en fortalezas y sobre las sierras, que la caballería no podía maniobrar por lo escabroso del terreno, que constaban de muy escaso número para hacerse respetar y además estaban todos heridos: acordaron volverse á la villa de Huatzacualco, pasando antes por Simatán para castigar á los vecinos de aquel pueblo que aun continuaban sublevados.

Después de vencer muchos contratiompos por la escabrosidad de los caminos y por la falta absoluta de éstos, llegaron los expedicionarios á una población de los grandes de la Provincia denominada

primero que penetró en la fortaleza, y se dió á conocer á los encomendados.

⁽¹⁾ Bernal Díaz no dice cual fué el número de muertos que por ambas partes hubo en este sitio.

Teapán (hoy Teapa), y al pasar el rio de las inmediaciones salieron los indios á impedirles el paso, y se trabó un reñido combate del que resultaron seis heridos y murieron dos caballos. Los indígenas fueron derrotados y se refugiaron en los montes; en los cinco días que permanecieron los españoles en este lugar, hicieron varias entradas y prendieron á muchos fugitivos, los cuales fueron todos devueltos á los caciques tan luego como éstos prestaron obediencia.

De Teapa se dirigieron los expedicionarios á Simatán, en el que hallaron á los indígenas preparados de antemano, de manera que al aproximarse los españoles les dieron una muy buena carga de la que resultaron veinte soldados heridos y dos caballos muertos: pero fueron desalojados de sus cercados y saeteras, y se refugiaron en las ciénegas, de donde no salieron hasta que los españoles, tomando el camino de la Chontalpa, regresaron á la villa de Huatzacualco.

Con respecto á la inversión que debía darse al oro recogido en los adoratorios ó cués, y el que dieron los vecinos de Soctón, Chamula y Huitztán, hubo variedad de pareceres; pero por fin se convino en que con él se pagase el precio de los caballos muertos en teda la jornada.

D. Antonio Remesal asegura que el Capitán Mazariegos fué el que pacificó la Provincia de Chiapas en su primera sublevación; pero por lo expuesto se vé, que en este particular el Sr. Remesal estuvo mal informado.

CAPITULO II.

Legunda sublevación.—Fundación de Ciudad-Real.—Princípios de otro alzamiento.

Por las mismas causas de la sublevación anterior y violencias de que fueron objeto los naturales de la Provincia de Chiapas, negaron por segunda vez la obediencia al rey de España. Todos saben que las mujeres son enemigas de las reformas religiosas é intransigentes en esta clase de materias; por lo mismo no podían ver con ojos pasibles, que unos extranjeros, con el mayor desprecio, echasen á rodar por los suelos sus dioses tutelares, bajo cuya protección v amparo habían vivido felices sus antepasados. El fanatismo en las mujeres, y la superchería de los sacerdotes indígenas expoleada de la pasión vulgar del interés, proporcionaron suficiente combustible á la hoguera de la insurrección, pronosticando grandes calamidades para el porvenir y atribuvendo á los nl. trajes hechos á los ídolos los males que se resentían, El influjo social de estas dos entidades, logró encender el fuego del patriotismo y del amor propio en el ánimo de los capitanes y guerreros, vengando desde luego en las personas de los españoles que pudieron